

Gabriel Boussagol, Ángel de *Saavedra, duque de Rivas. Su vida, su obra literaria*, edición, traducción introducción y notas de Antonio Arroyo Almaraz, Sevilla, Alfar, 2018, pp. 399.

Encontrar personas que hoy día, con nuestra vertiginosa revolución tecnológica, se sientan atraídas por el romanticismo es admirable. Más aún si se tiene interés por la figura de Ángel de Saavedra, que es un gran escritor del que apenas se lee el *Don Álvaro o la fuerza del sino*.

Debo de confesar al lector/a que uno de los proyectos más gratificantes de mis numerosos libros sobre romanticismo, fue la edición de sus *Poesías completas* (Sevilla, Alfar, 2013) y de su *Teatro completo* (Sevilla, Alfar, 2015). Las edité de modo verdaderamente completo por primera vez, y quizás por primera vez en una correcta fijación textual, después de las barbaridades que con don Ángel se habían cometido tradicionalmente.

De este modo descubrí a un escritor verdaderamente interesante y curioso, de una modernidad admirable en su lenguaje diáfano y luminoso, compatible con una profundidad de conceptos en su teatro, y de un encomiable amor a España en sus *Romances históricos*, sin caer nunca en el vano patriotismo, sino buscando generar un orgullo de nación, de una nación que descubría el liberalismo después de la Guerra de 1808, en la que nuestro autor fue herido de gravedad, como consta en su hermoso romance “Con once heridas mortales”, que es romántico *avant la lettre*, como lo son muchos poemas del abate Marchena, algunos de Quintana, y bastantes propios de la juventud de nuestro autor.

La incompreensión del momento romántico y su idea de nación, desde una perspectiva crítica, renovadora y diferente, ha caracterizado a veces a gran parte de la filología. No se ha ubicado a los autores en el universo de sus ideas, ni tampoco de las ideas que surgían de la historia de ese momento.

He reiterado en otros sitios la necesidad imperiosa de adelantar mucho la llegada del romanticismo a España, frente a una crítica tradicional que a veces no ha leído con acierto determinados poemas de nuestro romanticismo, y no se han dado cuenta de que España fue romántica desde la Guerra de 1808, y ya antes en los atisbos de Quintana y Marchena, autores del siglo XIX a los que la crítica ubica desafortunadamente en los manuales de la materia en el siglo XVIII. La coexistencia entre neoclasicismo y romanticismo, desde temprana época hasta mediados del siglo XIX, está aún por indagarse.

El profesor Antonio Arroyo Almaraz prolonga la filantrópica tarea de recuperar las glorias de nuestro pasado romántico y de la obra de Rivas, en un tiempo cibernético y convulso desde el punto de vista de la edición, y en el que tantas veces -incluso entre los estudiantes de diverso rango- se pierde de vista la perspectiva de nuestro riquísimo pasado cultural, siendo España quizás la única nación que, en cada época de su historia literaria, puede aportar uno o varios genios que la signifiquen.

Debemos recuperar a Rivas, sin olvidar a Espronceda: dos grandes escritores complementarios, el uno en su armonía estética, el otro en su desorden crítico y caus-

tico. Ambos llenos de vida. Dos vidas diferentes. Dos obras diferentes. Dos opciones complementarias que sirven para apreciar toda una época que aún está necesitada de ser estudiada con ojos nuevos.

Hay que redescubrir al duque de Rivas: muchas de sus obras de teatro que no se leen, como muchos de sus poemas, que evolucionan desde el idealismo juvenil de los poemas amorosos en Sevilla a la socarronería de cortesano en Nápoles.

Rivas es quizás el romántico más moderno. Muchas veces lo que nos interesa de los románticos es más su espíritu que sus versos, porque su retórica los ha hecho anticuados. Y sin embargo -aquí está lo interesante- Rivas es moderno, evita la retórica, ofrece un verso luminoso y diáfano. Salvo el ladrillo de *El moro expósito* -por ello lo excluí conscientemente de mi edición- ofrece una poesía musical y clara, llena de vida, con múltiples registros, tanto en sus versos como en su teatro, motivo por el que me he autocitado antes, y por lo que pido excusas.

Y bien: el libro de Gabriel Boussagol que el profesor Arroyo Almaraz traduce y estudia era una pieza rara de coleccionista bibliófilo. Un libro cuyo valor pervive hoy día. Pertenece a la época de los grandes hispanistas franceses, que unían historia y literatura antes de que unieran lingüística y literatura, en detrimento a veces de la segunda. La época que va desde los trabajos de Bréréton sobre Espronceda, en los años 30, a toda una tradición posterior con los libros de Andioc, Demerson, Dérozier, Pageard... Toda una manera de entender la filología, el hispanismo y la literatura, que siento que lamentablemente va desapareciendo, quizás debido a una nueva oleada de influjo anglosajón, por más que este nos aportase nuevas ideas próximas a lo pragmático y a lo científico más que al humanismo, que siempre caracterizó a los estudios españoles y franceses.

En todo caso el libro que comentamos, y que felizmente se traduce, es la obra más importante que hasta ahora se ha publicado sobre el duque de Rivas, sobre su vida y su obra. Creo que ello se debe además a la información de primera mano que Boussagol quizás recibió de Enrique, el hijo del duque, quien además editó unas incompletas pero valiosas obras completas de su padre.

El profesor Arroyo Almaraz, con esta edición -que prolonga otros estudios suyos sobre Rivas, con el hallazgo de poemas desconocidos y recogidos de la prensa de la época- hace así asequible al lector/a moderno un libro raro y verdaderamente valioso, y enlaza la perspectiva de nuestro siglo XXI con la de otro tiempo, un tiempo en el que se escribían estos libros, un tiempo en el que aún había muchas colecciones de clásicos, y estudios literarios, e incluso había librerías...

El libro de Boussagol que nos ocupa parte de un planteamiento positivista. Puede aducirse que ello le hace heredero de una tradición ya desaparecida en nuestro universo filológico. Efectivamente a veces se ha abusado de las fuentes -ahora entendidas como *intertextualidad* sin haber leído a Kristeva...- Cuando se cita la fuente de una obra, parece como si ya la hubiéramos etiquetado y asimilado, con lo que la cosificamos, que dirían los existencialistas. Pero si entendemos la transmisión del saber literario desde unos orígenes hasta la plasmación final de la obra que se analiza, la verdad es que determinadas fuentes pueden ofrecer una vía de comprensión en el terreno de las ideas, si no nos quedamos reducidos a la reiterada cita de dichas fuentes, y anulamos la originalidad de la obra que estudiamos. Es el caso de Boussagol, que no hace erudición gratuita, sino que busca una correcta comprensión de la obra de Rivas, determinando al mismo tiempo su novedad e interés. Los datos que aporta Boussagol poseen así un valor objetivo que supera la caducidad del tiempo,

y nos ayudan a entender mejor a Rivas en su obra, con una Segunda Parte del libro dedicada a la inspiración -la clave del arte romántico-, y a la idea de artista, el trabajo del estilo y su labor con la palabra. De este modo se unen en este libro datos históricos, datos positivos, y una valoración estética que aún en nuestro siglo XXI debemos recuperar.

Recuperar por eso a Rivas. Darle le enhorabuena a la Editorial Alfar, y a su director Luis Oliva, que sigue valientemente editando aún este tipo de textos. Y darle la enhorabuena al profesor Arroyo Almaraz por su traducción y por su interés hacia este eximio autor cordobés, sobre el que espero siga durante muchos años trabajando y aportando textos de investigación, en empatía hacia su obra.

Diego Martínez Torrón
Universidad de Córdoba